

Claude Roy

**El gato que
hablaba
sin querer**

Traducción de
ISABEL LLASAT

Ilustraciones de
PERE VIRGILI



EDICIONES
INVISIBLES

Esta his-
toria (real)
se ha escrito con
permiso de su protago-
nista, el gato Gaspard Mac
Kitycat, para todos los niños
y para todos los gatos que la quieran
leer. Pero está dedicada ante todo a los niños y a los
gatos que me han instruido en el pensamiento
gato y en el idioma gato, es decir
—al César lo que es del César—,
a lord Gaspard Mac Kitycat,
decimocuarto duque de Garth,
y a Garth, Thomas, Gaspard y
Tristram Bowden, así como a los
gatos y gatas que fueron o son amigos
nuestros: Minna y Myrna, sin olvidar a Coco-
loco, Mau, Trasto y Gris, Michi y Mika de Patta,
Chamichat de Valérie Gallimard, Berenice de Bianco-
tti, Leticia de Rinaldi, Michi de Oudot, Tigre de
Alari, Iris de Joannou, Mouflette de Flon, Otto
de Osspoff, Cleo de Rolin, Nono de Fauché
y también Justine Laurent, una gatita que se
hace pasar por una niña. Les agradez-
co a todos ellos su colabora-
ción y ayuda.
Claude Roy



Un día, Gaspard Mac Kitycat, el buen amigo gato de Thomas, se puso a hablar. Pasó de la forma más tonta. Gaspard era de origen escocés por parte de padre, famoso miembro de la raza de gatos ingleses azules, que, como su nombre no indica, son grises, y a los que también se les llama gatos cartujos. Tristram Mac Kitycat, decimotercer duque de Garth (una familia escocesa de abolen-go), se había enamorado de una adorable francesa, una gata cartuja gris llamada Mouflette de Vaneau, baronesa de Flon. (Mouflette era descendiente de un gato del regimiento de transporte del ejército napoleónico, el famoso Flonflon, un capitán gato que Napoleón en persona había nombrado barón del Imperio en el campo de batalla de Austerlitz. Le otorgó aquel honor en recompensa por haber librado al mariscal Murat de los ratones que devoraban los furgones de avena de su caballería.) De la feliz unión de lord Tristram y la baronesa de Flon habían nacido cuatro gatitos de buena raza. Gaspard Mac Kitycat, destinado a convertirse más adelante en el decimocuarto duque de Garth, era el mayor. Sus íntimos lo llamaban Gaspard. Gaspard era un buen mozo cartujo gris. La gente de poca cabeza decía: «Es un gato gris

ratón», sin pensar en lo mal educado que es comparar un gato con un ratón.



A Gaspard le gustaba mucho olfatear-mordisquear-morder-masticar-comer las hierbas que crecen en el fondo del jardín. Una mañana, como todas las mañanas, Gaspard desayunó con Thomas. Cuando este se fue al colegio, lo acompañó hasta la puerta y le dijo adiós como siempre, con un pequeño miao y un gran ronroneo. Gaspard tenía fama entre los gatos de tener una voz muy bonita. Entre los humanos había división de opiniones al respecto. Thomas consideraba que Gaspard maullaba de maravilla y que la música de sus miaus era deliciosa. El padre de Thomas, cuando estaba leyendo el periódico y Gaspard reclamaba su cena maullando, decía: «Este gato tiene voz de puerta que rechina».

Pero Thomas defendía siempre a Gaspard cuando hablaban mal de él. Incluso de muy pequeño, Thomas siempre se había portado muy bien con Gaspard. Nunca le había tirado de la cola ni de los bigotes, ni lo había acariciado a contrapelo. Le daba de comer y le hablaba con respeto y dulzura. En una palabra, trataba a su gato como si fuera humano, y su mejor amigo.

Así pues, aquella mañana, cuando Thomas se hubo ido, Gaspard fue hasta el fondo del jardín y se puso a olfatear-mor-

disquear-masticar-comer hierbas. Había una que no había visto nunca y que tenía pinta de saber muy bien. Gaspard la olfateó, la mordisqueó, la masticó y finalmente se la comió. Mientras la tragaba, sintió una especie de electricidad extraña que lo atravesaba de la boca al estómago. Un segundo después, una mariposa le revoloteó por los bigotes y Gaspard, mientras saltaba para cazarla, oyó una vocecilla que sonaba como un violín en miniatura. La vocecilla decía:

—¡Eh, tú! ¡Ya verás como te pille! ¡Te como!

«¿Quién ha hablado?», se preguntó Gaspard mirando a su alrededor. No vio a nadie, pero oyó una vocecilla decir en voz alta lo que él había pensado en voz baja: «¿Quién ha hablado?».

«No ha hablado nadie porque no hay nadie», se dijo Gaspard. Y en ese mismo instante oyó la vocecilla, que sonaba como un violín en miniatura. La vocecilla decía: «No ha hablado nadie porque no hay nadie».

«Parece lógico», se dijo Gaspard. «No ha hablado nadie porque no hay nadie más que yo, y yo soy un gato y los gatos no hablan. Sin embargo, he oído a alguien decir: “No ha hablado nadie porque no hay nadie”. O sea, que había alguien. Porque normalmente no se oye hablar si no hay nadie hablando».

Mientras se decía todo esto, Gaspard oía una vocecilla, que sonaba como un violín en miniatura. La vocecilla decía:

—Parece lógico. No ha hablado nadie porque no hay nadie más que yo, y yo soy un gato y los gatos no hablan. Sin embar-

go, he oído a alguien decir: «No ha hablado nadie porque no hay nadie. O sea, que había alguien. Porque normalmente no se oye hablar si no hay nadie hablando».

Al oír esas palabras, Gaspard tuvo de pronto la sensación de que se le encendía una bombilla de quinientos vatios en la cabeza. «¡He tenido una iluminación!», se dijo.

La iluminación de Gaspard iluminaba una idea muy sencilla: «Si alguien habla y no hay nadie más que yo, será que alguien habla y que ese alguien *soy yo!*».

«Tengo que asegurarme», se dijo Gaspard.

Miró a su alrededor. Muy cerca había una flor roja con un pistilo negro y amarillo. Gaspard la observó con atención. Se le empezaron a mover los labios y oyó claramente una vocecilla, que sonaba como un violín en miniatura. La vocecilla decía:

—Amapola.

Un insecto rubio de cuerpo muy corto y seis patas acababa de posarse sobre la amapola. Gaspard fijó la mirada en el bichito. Se le empezaron a mover los labios y oyó a la vocecilla decir:

—Abeja.

«¡Por mis bigotes!», pensó Gaspard. «¿Qué me está pasando? Soy un gato, pero la hierba que he comido me ha dado el don de la palabra.»